

A GUISA DE EPÍLOGO

*(Para la obra 'Canciones para Carnaval,
Ciudad Rodrigo 1890-1936)*

Con el título "Si nos quieren escuchar...", se publicaba por estas fechas hace tres años, con el patrocinio de la Diputación Provincial de Salamanca, que también patrocina esta obra, un CD que recogía canciones pertenecientes a los repertorios de la Comparsa Peñarandina que sale por las calles a pedir los aguinaldos navideños, y de la Rondalla III Columnas que anima el Carnaval de Ciudad Rodrigo.

En el texto de presentación del disco, y por lo que se refiere a Ciudad Rodrigo, dejábamos escritas unas palabras referidas a un importantísimo y excepcional trabajo de rastreo relacionado con las músicas con que las murgas animan las fiestas mirobrigenses en los carnavales. "La 'Rondalla III Columnas' de Ciudad Rodrigo - decíamos- tiene una larga historia que comienza en el año 1890 con la primera ronda carnavalera de "Los Becuadros", conjunto músico vocal documentado como pionero de todos los que hasta hoy han animado la ciudad durante las fiestas. Pero tiene además, y esto es lo sorprendente, un cronista que ha rescatado esa historia paso a paso y página a página. Los cuatro tomos, aún inéditos, de la larga trayectoria de la "Rondalla III Columnas" son una verdadera labor de investigación documental realizada por Joaquín Fiz, por sobrenombre Tito, personaje conocidísimo y muy apreciado en Ciudad Rodrigo. Pero se trata de un rescate, no sólo del inagotable archivo de coplas inventadas durante más de un siglo, sino también del contexto humano, social, costumbrista, político, religioso, económico y artístico de Ciudad Rodrigo."

El presente tomo es el primero de esa crónica. Se publica con el título "Canciones para Carnaval, Ciudad Rodrigo 1890-1936", y es fruto de una búsqueda, en todo tipo de fuentes, de la trayectoria de los conjuntos que con voces y acompañamientos de instrumentos han animado y ambientado las fiestas de la ciudad durante medio siglo. El autor de esta singular crónica, con un empeño tenaz y constante, ha seguido año a año la pista de estos cantores urbanos que en sus coplas han ido reflejando los acontecimientos de todo tipo que han marcado la vida de la ciudad. El rastreo, minucioso y documentado, ha dejado bien claro el listado de los grupos, sus denominaciones, los nombres o apodos de sus miembros activos, y las sucesivas etiquetas que se fueron colgando a medida que la nómina de sus componentes se renovaba como consecuencia de las vicisitudes que todo grupo humano atraviesa al paso del tiempo.

Como queda claro en las páginas de esta inédita (hasta ahora) crónica, "Los Becuadros" fue el primer nombre que aquel grupo tomó, impulsado por un personaje singular, el Trejo (Eustaquio Jiménez de la Torre y Trejo), que fue durante más de dos décadas el que dio

cohesión humana e impulso musical y literario a los cantores murgueros. Salvo breves interrupciones, Los Becuadros actuaron desde 1890 nada menos que hasta 1918. Convivieron a veces con otros grupos que aparecen de manera fugaz, y durante todo el tiempo que cubre este primer tomo fueron adoptando otras denominaciones, bajo las cuales siempre quedaba una parte significativa de los componentes de la anterior etapa. El itinerario, difícil de recomponer después de tanto tiempo, queda claro en el trabajo del cronista y en el índice de este libro. Los Becuadros surgen en 1890 y cubren tres décadas. Después de dos años de transición se transforman en El Doctorado, que pasa por las denominaciones Murga de Viejos y Murga Universal, llegando hasta 1927. La tercera etapa pertenece a Los Equis, que comienzan cantando Los Cuplés del Verraco en 1929 y perduran hasta 1933. Y a partir de 1944 el conjunto va tomando sucesivamente las denominaciones Tinto con Gas, La Murga del 34, La A.C.A. y Los Tranquilos, terminando su trayectoria en 1936 con el sobrenombre Los Calderones, que al igual que la inicial, Los Becuadros, incluye una humorística connotación musical no exenta de cierta sorna.

Pero este mero recorrido del índice no da una idea, ni siquiera aproximada, del arduo trabajo que ha supuesto la compilación de esta obra. Sus páginas, divertidas unas veces, otras veces críticas, dolidas de vez en cuando, y siempre testimoniales de todo lo que ocurrió en Ciudad Rodrigo durante más de cuatro décadas, meten de lleno al lector en la vida de las gentes de la ciudad a lo largo de las hondas transformaciones sociales, políticas, económicas, religiosas y de todo tipo, que removieron a menudo los cimientos sobre los que la villa mirobrigense había venido sustentándose desde siglos atrás. Estamos ante una verdadera historia, no sólo ante una crónica alegre, desenfadada y descomprometida.

Porque la historia de un colectivo cívico, sean cuales fueren las dimensiones geográficas que abarca, no es sólo la de los acontecimientos más significativos y la de sus personajes más socialmente relevantes, sino también la de las gentes anónimas que apenas han tenido tiempo más que de ir solucionando los problemas que les planteaba su diaria supervivencia. El historiador, cualquiera que sea su especialidad y el objeto de su investigación, suele trabajar a partir de las fuentes escritas, descifrando documentos de todo tipo, o consultando las hemerotecas desde que se inventaron las publicaciones periódicas. Pero las fuentes de información con que ha de contar quien quiera tratar de reconstruir la vida del pueblo anónimo, de todas esas gentes que pasaron por el mundo sin pena ni gloria, y que sin embargo han formado la base humana sobre la que se sustentaba la sociedad, son mucho más difíciles de encontrar, porque requieren otros métodos de búsqueda y obligan a completar la información que proporcionan las fuentes escritas, acudiendo también a otras diferentes de las que habitualmente maneja el historiador convencional. De ahí el atractivo que han tenido, y siguen

conservando, títulos como "La vida diaria en la antigua Roma" o "Vida cotidiana en la edad Media", por poner sólo dos ejemplo de un largo listado de ensayos en los que un estudioso intenta y consigue un acercamiento a la existencia de las personas anónimas, a las preocupaciones, las costumbres, las alegrías y desgracias de las gentes de una época y de un lugar.

Con todas las diferencias que se quiera en el procedimiento y en el estilo, estamos con esta obra ante una veta muy importante, aunque bastante desconocida, de la historia de la ciudad mirobrigense. Indudablemente, la historia de Ciudad Rodrigo durante el siglo XX, lo que suele entenderse bajo este término, ya se ha escrito repetidas veces y por sucesivos estudiosos y especialistas que han ido aportando cada vez más datos. Pero queda claro al leer las páginas de este libro que esa 'gran historia' necesitaba este complemento, que podría con toda propiedad llevar como título "La vida diaria en Ciudad Rodrigo desde finales del siglo XIX hasta 1936". Complemento que no sólo incluye la búsqueda de los testimonios que se han conservado por tradición oral, sino también, en muchos casos, en pequeños archivos familiares, de esos que un buen día aparecen en una vieja caja o en el fondo de un baúl. O quizá en una hemeroteca familiar que se ha descubierto por casualidad entre los enseres de una de esas personas que tenían la manía de guardar todo, de no tirar nada. Además de indagar en todas estas fuentes, el cronista que ha escrito esta obra bucea en más de una treintena de títulos de publicaciones periódicas locales, desde "La voz de la Frontera" hasta "Tierra Charra". Este itinerario, aparte de ser gratificante, demuestra la amplitud de las labores de cata que ha llevado a cabo el recopilador para compilar y ordenar estas páginas. No estamos, evidentemente, ante un simple encuestador que ha extraído datos de la vida diaria, sino ante un verdadero indagador con un estilo muy propio y personal, que agota el tema del que se ha propuesto dar fe: la vida de la ciudad de Ciudad Rodrigo mirada desde "la otra orilla", desde aquella en que se colocan los murguistas carnavalescos cuando componen los textos y músicas para las grandes fiestas, cada vez que se acercan.

Una palabra más, acerca de las músicas, que afortunadamente no son en este libro un complemento ilustrativo, sino que forman parte del valor testimonial que ha presidido el trabajo del cronista. Las 62 transcripciones musicales esparcidas a lo largo de las páginas tienen, al igual que los textos, un valor documental, porque son una muestra suficiente para tipificar un nuevo repertorio y una nueva estética en la canción popular: la que se fue imponiendo en las ciudades y núcleos de población de un tamaño considerable, como lo fue Ciudad Rodrigo en medio del entorno de pueblos y aldeas de las que siempre ha sido centro de atracción insustituible. Trasladamos aquí las palabras con que en el comentario al CD que citábamos al comienzo de este escrito, describíamos este nuevo estilo de músicas:

“Las nuevas modas y los nuevos aires musicales suscitaron por todas partes el deseo de ponerse al día y dejar lo viejo. Y es este escenario el que genera y alimenta una actividad creativa en cientos individuos y colectivos. Actividad que se apoya en la memoria que retiene los nuevos aires, las nuevas músicas que llegan del ámbito urbano. Y creatividad que a partir de este caldo de cultivo inventa en dos órdenes: por una parte textos nuevos para músicas nuevas ya asimiladas, y cuando surge algún talento natural, también nuevas músicas inventadas, imitadoras de las que vienen de fuera. [...] Llegaban los nuevos ritmos. En primer lugar y sobre todos los demás el pasodoble, el más universalmente aceptado, quizá porque hundía sus raíces musicales en las sonoridades de las viejas músicas tradicionales; el vals, que transportaba los aires musicales de Europa y los abrazos de las parejas en voltereta; la habanera y el tango, que de ultramar venían con los ‘indianos’; y pocos años más tarde boleros, mambos, foxtrots, congas, rumbas y demás sonos procedentes de las Américas descolonizadas. Todo un mundo nuevo de ritmos que producía ensueño, liberación, ilusión de estar a la última moda.”

Poco importaba que en la mayoría de los casos los intérpretes de las nuevas músicas fuesen conjuntos de aficionados que tocaban instrumentos de viento o de pulso y púa, y voces normales, no profesionalizadas. En el caso de las murgas carnavales está bien claro que las músicas eran inventadas en su mayoría, dentro de los estilos que señalamos, que habían sido asimilados de oído. De ahí la alusión satírica a los músicos profesionales, críticos con estas nuevas músicas, que conllevan las denominaciones ‘Los Becuadros’ y ‘Los Calderones’. En cuanto a los textos, no hay duda alguna de su autoría más o menos anónima dentro de los propios grupos, como lo demuestran los temas vinculados directamente a los personajes y sucesos más relevantes de cada año: los temas que más dieron que hablar al vecindario desfilaban por el repertorio de los cantores, y ahí han quedado, en las páginas de esta crónica, recuperados y ordenados por el autor. Un autor que arriesga a menudo juicios y opiniones personales, porque a la vez que está reconstruyendo una historia todavía viva en los continuadores, habla desde dentro de ella.

MIGUEL MANZANO
(Enero de 2009)

Señoras y Señores:

No deja de tener cierta dosis de incongruencia y paradoja, que el Sr. Alcalde de esta Ciudad, o Villa, acompañado de algunos de sus ilustres Concejales, y honrado por la compañía y el apoyo de muy ilustres representantes de la Institución Provincial, como el Sr. Diputado de Cultura, estén presidiendo el acto de presentación de una crónica en la que se reconstruye la trayectoria de la murga carnavalera que durante más de un siglo ha venido dedicando la mayor parte de sus inventos musicales y literarios a criticar, por activa y pasiva, de día y de noche, a las Autoridades y a las llamadas Fuerzas Vivas de esta singularísima ciudad que es Ciudad Rodrigo.

Pero la contradicción es sólo aparente, porque los mandatarios, mandamases y notables que aparecen en esta crónica son ... los de hace cien años, que ni sienten ni padecen, y que no van a blandir amenazas contra los espontáneos, y siempre esperados con ávida curiosidad (¡a ver con quién se meten este año!), copleros y murguistas, verdaderos cronistas del día a día de las gentes que han vivido intra muros y extra muros de Miróbriga. Quédense, pues, tranquilos, ilustres señores y señoras de la presidencia, que con ustedes no va esta vez.

Yo encuentro tres varios méritos en este irrepetible librote (me refiero a su tamaño, que además es el primer tomo al que van a seguir otros, y no a su interesantísimo contenido).

El primero, y no pequeño, lo acabo de decir, es el valor que tiene como historia de una ciudad. Si la primera condición de un libro de historia es buscar, encontrar y relatar lo que sucedió en un pasado,

aquí la tenemos al cien por cien,
buscada y encontrada en abundantes documentos escritos,
examinados con minuciosidad,
y en los testimonios orales
de quienes conocieron lo que ocurrió en el último siglo.

El segundo, muy importante,
y además poco frecuente,
es que la historia que contienen estas páginas
es la de las gentes sin historia,
la del pueblo llano,
que no suelen reflejar los tratados de historia,
porque no emitió decretos
ni administró justicia
ni edificó monumentos
ni ganó batallas renombradas,
porque tuvo que dedicar la vida entera
a batallar día a día para ganar su sustento, su pan de cada día.

Joaquín Fiz, por sobrenombre Tito,